

de lugares lejanísimos, de espacios habitados por el otro, encontraba su sentido en el descrédito de la sociedad ilustrada y la pérdida de fe en una civilización razonable. Enrique Gil y Carrasco lo había dejado claro al reseñar la «Poesía de don José de Espronceda» en el *Semanario Pintoresco Español*: «Todos los esfuerzos de la razón orgullosa y fría no habrían sido poderosos para descifrar la primera página del libro de la dicha». A partir de aquí las alusiones a tierras exóticas, ajenas, tratadas de forma sublime, no son más que un ajuste de cuentas con el estado de la civilización propia. No dejó lugar a dudas Alcalá Galiano al prologar *El moro expósito* del Duque de Rivas: «Buscan argumentos en tierras lejanas y no bien conocidos, donde imperfecta todavía la civilización, no ahoga los efectos de la naturaleza bajo el peso de las reglas sociales». La vuelta de tuerca la da Zorrilla cuando intenta conjugar su españolismo reaccionario con el mandato romántico. En el prólogo al *Segundo tomo de poesía*, había escrito: «He tenido presente dos cosas: la patria en que nací y la religión en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo inspiraciones; cristiano, he creído que mi religión encierra más poesía que el paganismo». Zorrilla se convirtió en cantor de Granada porque los azares de la historia ofrecían un lugar español, finalmente reconquistado por la verdadera religión, en el que era posible hablar de sultanas, guerreros árabes y princesas secuestradas. Se dedicó a un exotismo de andar por casa.

La sublimación, la identidad hermosa de lo desconocido como mecanismo de conocimiento, representa la otra cara de la moneda de la caricatura. El paisaje idílico sustituye a la amenaza del territorio gobernado por la animalización, la barbarie, el despotismo y las supersticiones. Aunque haya muy buenas intenciones, se puede deslizar una ideología ambigua. Federico García Lorca, por ejemplo, redactó una conferencia, titulada «El poeta en Nueva York» (1932), para explicar el sentido del libro que había escrito en la metrópoli norteamericana. Quiso poner en duda el desarrollo de una modernidad devoradora, empujada por la prisa del mercado, guiada por una ciencia sin control humano, un mundo en el que los artificios tecnológicos amenazaban los principios naturales de la vida. El dolor de los niños se convirtió así en símbolo de la modernidad dispuesta a devorar sus propias ilusiones.

En la conferencia, García Lorca cuenta la historia de una niña negra que se atreve a montar en bicicleta»: «Otra vez vi a una niña negrita montada en bicicleta. Nada más enternecedor. Las piernas ahumadas, los dientes fríos en el rosa moribundo de los labios, la cabeza apelonada con el pelo de oveja. La miré fijamente y ella me miró. Pero mi mirada decía: Niña, ¿por qué vas en bicicleta? ¿Puede una negrita montar en ese aparato? ¿Es tuyo? ¿Dónde lo has robado? ¿Crees que sabes guiarlo? Y, efectivamente, dio una voltereta y cayó con piernas y ruedas por una suave pendiente». Está claro el sentido de lo que García Lorca quiere decir. No se pueden discutir sus buenas intenciones, y no pasan desapercibidos los procedimientos que convierten a una niña negra en la imagen de la sociedad natural amenazada por una tecnología hostil. Pero hay que tener cuidado al convertir a los otros en metáfora, porque los inutilizamos como gente de carne y hueso. ¿De verdad que las niñas negras no deben montar en bicicleta? ¿De verdad que las mujeres ángeles no deben dirigir un banco? ¿De verdad que los individuos puros y desinteresados no deben mezclarse en política? ¿De verdad que España es diferente? Cuidado con las metáforas, porque el mejor síntoma de respeto y de igualdad alcanzada es el derecho a la vulgaridad legal. Somos vulgares ante la ley porque no tenemos ni más ni menos que cualquier otro. Merecemos respeto por aquello que compartimos con todos los demás, no por aquello que nos diferencia. ¿Sabe usted con quién está hablando? Con un simple ciudadano.

El *otro* sustituye en falso al *nosotros* cuando le arrebatamos su condición de ciudadano, algo que constituye un verdadero robo en un mundo globalizado, de mercados comunes y de informaciones homogeneizadas. Al ciudadano español de hoy, si es lector de literatura, le sorprenderá posiblemente la gran repercusión social que han tenido los debates sobre inmigración y la poca presencia del tema en los libros de nuestros creadores. Pero las presencias y las ausencias tienen su lógica. Los inmigrantes están presentes en las conversaciones de cafetería y en las ofertas electorales porque han prestado un doble servicio. Por una parte, su trabajo ilegal, humillado a la esclavitud de la economía sumergida, ha supuesto un incuestionable regalo para las cuentas nacionales. Por otra parte, al jugar el papel de los otros, al encarnar la figura de los

pobres, al ser los nuevos encargados de soportar la miseria, los inmigrantes han regalado un testimonio magnífico para que los españoles se sientan por primera vez europeos, miembros de pleno derecho del mundo elegido, protagonistas por ley de nacimiento de la sociedad del bienestar. Los inmigrantes han jugado aquí el mismo papel que los negros cumplieron en Estados Unidos a la hora de formar una conciencia unitaria y nacional entre los blancos. Ya tenemos el mismo derecho que los alemanes o los franceses a ser racistas, tolerantes, miedosos, solidarios, explotadores o caritativos.

Al abordar el tema del compromiso histórico, la última literatura española se ha aplicado a la memoria de la Guerra Civil. No se pueden discutir las buenas intenciones, porque soportábamos una larga lista de cuentas pendientes, después de años de silencio y manipulación del pasado español. Pero no deja de ser significativo que entre las capas progresistas españolas tenga más peso el recuerdo de los que sufrieron hace más de setenta años, que el testimonio diario de los que sufren hoy, muy cerca de nosotros, en los naufragios de nuestras costas, en las alambradas de nuestras fronteras, en las subastas de esclavos de nuestras plazas. La cuarta parte de la energía que se ha dedicado a la memoria histórica hubiese forzado una política distinta sobre inmigración y hubiera provocado una alarma social inconsolable ante la sistemática violación de derechos humanos que está asumiendo con toda naturalidad la ciudadanía. Buena muestra del narcisismo consumista en el que nos hemos instalado los españoles, o de la liquidación real de la ciudadanía, es que nos interese más lo que sufrimos nosotros hace más de medio siglo, cuando éramos los pobres, que el testimonio desolador de los parias de hoy. Claro que las víctimas ya no son nuestras, son otros, no forman parte de nuestra identidad de españoles republicanos asaltados por la barbarie franquista. Si no llega a ser por el golpe militar de 1936, hubiéramos tenido derecho al estado del bienestar mucho antes... A España le correspondía otra historia bien diferenciada de la historia de los otros.

Algunos de los republicanos españoles exiliados en 1939 descubrieron el vacío que se esconde bajo la palabra identidad, un vacío muy importante, porque es lo que nos da derecho a sentirnos ciudadanos en cualquier asamblea. Rafael Alberti cantó la

pérdida de España, volvió a la nostalgia de sus canciones juveniles, vivió durante mucho tiempo como un desterrado. Pero cuando llevaba quince años en Argentina, acostumbrado a su nueva gente, a los paisajes y los ríos de América, escribió un libro perturbador titulado *Baladas y canciones del Paraná*. Por muchos recuerdos que haya de España, el tema del libro es otro: el poeta ha descubierto que estará siempre vacío, sin identidad fija. Viva donde viva, será un exiliado. Cualquiera de las dos orillas en litigio, forma parte de su experiencia histórica. Dice la «Canción 57»:

Os llevaré retratados
en mis ojos.
En el claro de mis ojos.

Los mirarán cuando llegue,
y algunos dirán:
 – Hay ríos
y caballos en tus ojos.

El alma de otros paisajes
se me ha quedado dormida
en los ojos.

¿No oís? ¡Qué lejanas aguas
y qué perdidos caballos
pasan, lentos, por mis ojos!

Por el claro de mis ojos.

El poeta, que tanto había cantado primero la Bahía de Cádiz y luego la pérdida de España, descubre de pronto que la nostalgia pertenece a una experiencia histórica y no a una identidad fija. La nostalgia que había sentido por el Puerto de Santa María o por Madrid se ve invadida ahora por el paisaje argentino. Cuando abandone la Argentina, sentirá también un dolor íntimo. Esté donde esté, será un desterrado, porque no pertenece a una identidad, sino a una experiencia de la historia. Alberti recurrió para explicar sus sentimientos a una de las escenas míticas de la poesía

española contemporánea. Al escribir sobre los «Campos de Soria», Antonio Machado recordó momentos de felicidad muy íntima y muy fugaz en su vida. Allí conoció el amor, allí lo perderá con la muerte de su mujer. Por eso escribe: «(...) álamos de las márgenes del Duero, / conmigo vais, mi corazón os lleva!». Alberti, que conoce bien la lección poética del siglo XX, recoge la melancolía machadiana en su «Balada del posible regreso»:

Barrancas del Paraná:
conmigo os iréis el día
que vuelva a pasar la mar.

La identidad vacía nos deja a solas con nuestra propia conciencia. Un lugar incómodo, sin muchos apoyos. Nuestros actos descansan en nuestra responsabilidad. La conciencia es la única frontera legítima a la que responden los ciudadanos a la hora de distinguir entre su experiencia histórica particular y sus vínculos. ¿Qué hay de historia social y de coyuntura en nuestra intimidad? ¿Qué es aquello que no podemos disolver de nosotros mismos en la totalidad de las ilusiones colectivas? Ésas son las preguntas de frontera, las preguntas de la conciencia que no delega sus responsabilidades en ninguna verdad natural anterior a sí misma, ya sea patriótica, política o religiosa.

En esa frontera sólo pueden imperar la ley y la razón. No basta tolerar o embellecer a los otros. Ni siquiera basta con afirmar *yo soy otro, lo otro, un otro*. Resulta obligado defender la extrema vulgaridad de la ley, y luchar por un *todos* suficiente, abierto y flexible, en el que quepan todos los ciudadanos en igualdad de derechos. ¿Los otros tolerados? ¿Las minorías exaltadas? ¿Las reservas indias? No, gracias. En ese error ya hemos naufragado, y tenemos la ropa todavía puesta a secar ©

